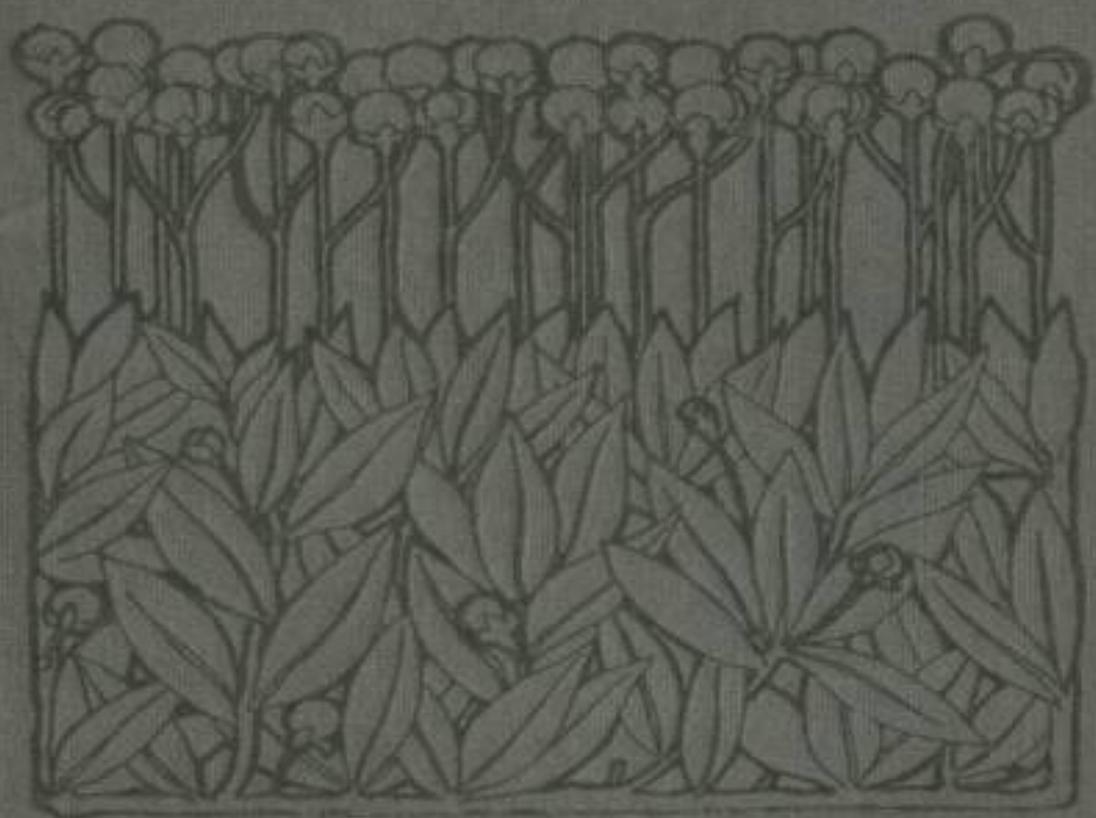


ALFRED VON HEDENSTJERNA

El Señor de Halleborg



Alfred von Hedenstjerna

El Señor de Halleborg

Traducción de Gabriel Miró

E. Domenech, Editor – 1910

NOTA BIOGRÁFICA

Alfred Hedenstjerna nació en Rysoby (Suecia) el 12 de marzo de 1852; le educó su padre, fue agricultor hasta 1879, en cuya fecha, llevado por sus aficiones literarias, abandonó las arduas faenas del campo y reuniendo infinidad de preciosos documentos que le proporcionaron sus estudios y sus naturales dotes de observador, escribió una serie de hermosos trabajos humorísticos que aparecieron bajo el título de *Kaleidoscop* en una revista de la cual fue director y más tarde propietario.

* * *

EL SEÑOR DE HALLEBORG, es una novela romántica; esto es, una novela idealista, con un idealismo suave y perfectamente inteligible; una novela diáfana, honrada, amorosa, que encanta y conmueve, y con un gesto de simpatía, invita a las dulces relecturas. Tiene sus asomos de influencia de otras fábulas anteriores, pero la originalidad de Hedenstjerna radica en la armonía gentil, en el sentido de exquisito poema burgués que ha sabido imprimir a su obra.

Esta es una de las más interesantes producciones de Alfred Hedenstjerna; interesante por las filigranas de su narración e interesante porque, al decir de ciertos comentaristas, no son estas páginas de pura imaginación, antes fueron inspiradas por íntimos sentimientos; son páginas vividas, páginas del pasado, son el recuerdo de una preciosa juventud, las primeras hojas de un dietario, hábilmente corregidas y combinadas. Y así se explica ese palpitar que hay en ellas, esa fuerte sugestión que, ya desde las primeras líneas, se apodera del sentimiento del lector y perdura hasta el final de la obra.

CAPÍTULO I

UN SUEÑO DE AMOR

Es en Stockolmo, hacia 1830; el “viejo Stockolmo” que Augusto Blanche trazó con sabio y peregrino estilo. En Stockolmo, y en un día glacial de febrero, comienza nuestra historia.

La espesa nevada envuelve y mortifica a las gentes forzadas a dejar sus hogares para curar de sus faenas y negocios; y corren y se tropiezan, arrebujándose, escondiendo su faz hasta los ojos; y la ciudad ofrece aspecto de confusión, de inquietud. Solo un hombre no participad de ese apresuramiento de la muchedumbre. Había despedido su trineo a la salida del cementerio de Santa Catalina, después de oprimir maquinalmente la mano de algunos amigos que quisieron acompañar el mortal despojo recién confiado a la tierra. Y mientras ellos se alejaban prontamente, ganosos de sus casas, él, siguió solo, lento y distraído hacia la calle que cruza por el puente del Norte, como si la perfumada tibieza de un día de mayo le invitase a vagar por la ciudad.

Parecía insensible al rigor del frío y ni siquiera miraba la nieve que caía en grandes copos. Algunos transeúntes, que se permitían el detenimiento de mirar su noble continente, quedaban conmovidos de su expresión de inmensa tristeza.

Eran hermosas las facciones del solitario, aunque su nariz, levemente corva, acaso resultase un poco grande; tenían sus ojos intensa lumbre; su boca, sombreada por finísimo bigote, se contraía con amargura, y sus firmes mejillas estaban pálidas como el mármol.

Detúvose un instante; quitóse la gorra de piel, y enjugó su frente. Sudaba a pesar de la lentitud de su paso y de los veinticinco grados bajo cero. Una abundosa cabellera negra, sin una hebra de plata, cayó deshecha en bucles por sus sienes. Todo en él manifestaba al gentilhombre, cuyos antepasados perteneciendo desde remotos tiempos al pri-

mer linaje social, y ayuntándose, por casamiento, solo con familias de rancia y apurada prosapia, han legado a sus descendientes un purísimo tipo de nobleza, un sello de hermosura, los cuales no existen, no cristalizan sin afeminarse, sin constituir como una antinomia con el temple y traza varonil que gustamos de hallar en el hombre. Verdaderamente la cara del Barón Gosta de Halleborg tenía demasiada delicadeza para un hombre de treinta y tantos años; y entonces denotaba tan grande desesperación que sus facciones parecían talladas en blanca piedra.

El sonar de los cascabeles de un pesado trineo carroza tirado por cuatro caballos negros, género de trenes que mucho se estilaba en Stockolmo, hizo estremecer nerviosamente al noble vagabundo; distraído devolvió el saludo que le enviaban los viajeros; y luego aceleró su marcha temeroso, sin duda, de hallar más conocidos. Tomó resueltamente la dirección de la calle de las Herrerías, por el mercado de Gustavo Adolfo. Y ahora que su andar era más firme, y que llevaba la cabeza erguida y enhiesto el busto, envuelto con velludo abrigo de piel de marta, mostraba el caballero toda su bizarría.

De súbito se fijaron sus miradas en una vieja casa que se alzaba a la derecha mano; y se conmovió distinguiendo en una de las ventanas más altas la silueta de alguien que mucho conocía.

Pronto llegó al edificio; pasó, subió y hallóse delante de una mujer añosa que le aguardaba en el quicial de la puerta; su faz arada de arrugas, coronada de blancos cabellos, estaba llena de lágrimas. La sencillez de su vestido, indicaba su condición de criada.

—¡Señor Barón... señor Barón... ya habéis dejado a mi pobre señora en... Oh, perdonadme... es que no puedo...!

Y la viejecita rompió en sollozos y echóse rendida sobre una silla.

Entonces, el dolor del joven caballero, tanto tiempo contenido, se desbordó libremente; tembló su cuerpo bajo una

aliviadora sacudida, y pudo llorar.

—Sí, Malená; cumplimos el último deber; no lo olvidaré nunca, ¡nunca!

La desventura de que participaban entrambos, unió sus corazones, aboliendo la diferencia de cunas. El caballero reclinó su cabeza en el regazo de la pobre anciana, y los dos lloraron juntos mucho tiempo, mucho tiempo.

No podían ser vulgares relaciones las que llevaron a tan grande y efusiva intimidad a la vieja Malená, y el joven Barón Gosta de Halleborg.

Malená había sido el ama de la hermosa Julia Malmborg, artista del Teatro Real; y el Barón Gosta, lo sabía todo el mundo, era el Mecenaz, el protector de Julia. Pero nadie como Malená sabía cuán injusto era el pensamiento que todos añadían a aquella protección. Nadie mejor que la vieja Malená sabía el delicado respeto con que el Barón Gosta trataba a su amada, y que esta tenía más celoso guarda y custodio en el amor de Gosta que si la rodeasen padres nobilísimos y dueñas rigurosas. Solo Malená sabía cuántas veces llegó el Barón, con los labios convulsos y las mejillas inflamadas de noble ira despertada por alusiones, zumbas y malicias de las gentes, y cuántas, también había exclamado:

—¡No lo resisto más, Julia! Es preciso, quiero que se sepa que eres mi prometida; que he de hacerte esposa mía; mi esposa, a la que todo el mundo debe rendir respeto... ¡Me queman, me matan lentamente esas miserables sospechas... mañana, hoy mismo, escribiré a mi padre confesándolo todo...!

Y, nadie mejor que la anciana Malená sabía, con cuánta dulzura atraía, entonces, su bella señora al Barón de Halleborg, llevándole al viejo sofá, cerca de la mesita de té; y tomando su mano entre las suyas, tan chiquitinas y pálidas, le contestaba de este modo:

—¡Gracias, gracias amigo mío, amado mío por ser tan generoso que todo lo olvidas en mi bien! Me basta para ser

dichosa; nadie puede impedirme el ser tu prometida, y tu mujer más tarde... Pero, mira, la pequeña Julia ¡es tan medrosita! ¡teme tanto el huracán que ha de resistir para lograrlo, y somos ahora tan felices...! ¡Esperemos, Gosta! ¡Quién sabe si después podremos gozar de esta dicha tan serena y pura! ¡Temo demasiado el enojo de tu padre! ¡Te quiere tanto como yo... y me espanta pensar que la noticia de nuestro amor os separe! Muchas veces, en mis largas noches he pensado en él; ¡y lloro ante la idea que puedes perderlo algún día! ¡Quién sabe si la confesión que quieres hacerle no anticiparía su desgracia!... Créeme, amigo mío; deja caminar el tiempo, y los sucesos...

—¿Pero, es que no sabes lo que de ti se dice?

—¡Lo sé, Gosta, lo sé! Los oídos de una comedianta no pueden cerrarse a lo que de ella se murmura, aunque su corazón permanezca sellado y puro. Sé que dicen que Julia Malmborg es la querida del Barón Gosta de Halleborg... ¿Qué puedo yo hacer? ¿No es tu voluntad sola la que se opone a que así sea? ¡He puesto mi confianza en tu hidalguía como en el mismo Dios! No me importa saber dónde quieres llevarme; he de seguirte dócilmente...

—¡Si yo sólo ansío nuestras bodas!

—Pues... un poquito de paciencia, amigo mío; aguardemos, siquiera el cumplimiento de mi contrata.

¡Oh, y cómo se ponía entonces el señor Barón, y cuán adustamente le replicaba, reprochándole la poquedad y tibieza de su amor, el no querer sacrificarle sus sueños de gloria y ambición de artista, ni la renuncia de sus papeles teatrales, para desempeñar el único que podría hacerle venturoso, el de su esposa!

Y ella, con acariciadora voccecita, descansando la peregrina cabeza en su mano, murmuraba:

—¡Gosta, Gosta, te engañas!... Y sin embargo hay algo de verdad en lo que dices. Sí; amo mucho mi arte porque se me ha hecho confiar que puedo algún día ser una gran actriz. ¿Por qué no retardar todavía algunos meses el estallido

de la tormenta que ha de alzarse inevitable y siniestra cuando le declares tus propósitos a tu padre? ¿No podemos conservar algún tiempo, yo, mis sueños de artista, tú, el cariño del padre?

De este modo sabía también Malená que ella hablaba frecuentemente para calmar las vehemencias de su prometido.

... Y un día, el viejo Barón Hallenhjelm de Halleborg amaneció enfermo.

Poco tiempo después murió, y fue llevado a su tumba con todos los honores fastuosos debidos a su rango y opulencia.

Cuando el Barón Gosta comunicó la dolorosa nueva a Julia, le pareció sorprender una leve sonrisa en la boca amada; y volviéndose, dijo lastimado:

—Comprendo, Julia, que la muerte de mi padre no te entristezca, pero ¡siquiera fíngelo!

De nuevo, Julia, lo había atraído al viejo sofá gris, y rodeándole el cuello con sus brazos, le respondió:

—¿Mi querido Gosta ha olvidado a quién debe la dicha de haber sido amado y bendecido por su padre hasta en su lecho de muerte; a quién debe la certidumbre de que ese solitario anciano, que no le quedaba más amor que el de su único hijo, se haya visto libre de la lucha amarga y dolorosa entre repudiar a su Gosta o desgarrar y ofender su orgullo?

—¡Oh, a ti solo, mi Julia!

—¡Entonces, cómo no complacerme y gustar el íntimo sosiego de ver allanados, por nuestro sacrificio, obstáculos cuya visión me horrorizaba!

Esa noche, cuando la vieja Malená les sirvió la humilde cena, oyóles conversar largamente, trazando su casamiento, eligiendo nueva casa, y decidiendo devolver todos los libretos y papeles confiados a la joven actriz, para poder saborear descuidados y libres las delicias tanto tiempo ansiadas.

Pero, Malená, que se había retirado al terminar sus servicios, no pudo ver la sombra de tristeza que nubló la frente de Julia cuando, amparándose en el pecho del amado, murmuraba:

—Es preciso no olvidar la terrible cláusula del testamento, de la cual me hablaste un día, párrafo XVII me parece ¿no? ¿Qué dice, qué dice esa cláusula?

Gosta, sonriendo, hizo talante y vocecita de muchacho, cruzó los brazos, y recitó con tonadilla de escolar:

—“Cláusula XVII: En el caso de que la herencia pasase a un célibe, deberá éste, al cumplir los treinta y cinco años, concertar sus bodas con doncella adornada de virtudes y perteneciente a familia de noble abolengo. Si entrase en el trigésimo sexto año de su edad sin haber contraído matrimonio o verificándolo distintamente a lo prescrito, todos sus derechos redundarán y pasarán al pariente más próximo, el cual deberá obediencia a todas las condiciones de esta cláusula. Si los derechos de heredero pasasen a un célibe que hubiese ya cumplido los treinta y cinco años, deberá tomar estado en el plazo de dos años, con...”

Julia le interrumpió vivamente.

—Ya basta; sólo el primer párrafo te es aplicable... ¿Has meditado, amigo mío, has pensado fríamente que debes escoger entre Halleborg y yo?

—¡Oh, sí, alma; la elección jamás me inquietó: la hice ya!

—¿Y no te arrepentirás nunca?

—¡Nunca!

—¿Nunca? ¡Cuando la pobre Julia se mustie y envejezca, cuando tú te marchites en esa carrera de juez, que habría de procurarte lo necesario y que tú has seguido por pasatiempo; cuando las desilusiones y los enojos te cerquen, acaso no pienses como hoy!

—Te juro que pensaré siempre lo mismo. Contigo hallaré la dicha en todas partes, sin importarme la posición. Sin ti la vida mía estaría hecha de recuerdos del perdido paraíso, de desesperaciones.

Julia no podía seguir este diálogo sin ofender al amado. Y puso fin a las ardientes protestas del caballero con un lento beso de fuego.

¿Una corriente de aire ¡tan vulgar! O acaso un germen mórbido, escondido, latente en el corazón de la doncella, tanto tiempo vacilante entre sus sueños de artista y los impulsos de su amor? ¡Quién sabe! ¡Ocho días después moría Julia Malmborg en todo el esplendor glorioso de su temprana hermosura; y hoy la habían llevado al cementerio de Santa Catalina!

Tales eran los pensamientos que llenaban el alma de estos dos seres, que se buscaban mutuo sostén en la negrura de su infortunio; el uno viejo, rugoso, plebeyo; joven, gallardo, noble y opulento, el otro; y los dos unidos por un mismo amor desbordante del vaso de sus corazones maltratados.

La anciana Malená, levantó su blanca cabeza y dijo:

–¡Oh, Dios mío! que el señor Barón perdone a la vieja Malená por el cariño de la señorita Julia.

Alzóse Gosta, y acariciando con su mano fina, delgada, las plegadas mejillas de la viejecita, balbució:

–¡Mi pobre Malená, mientras yo viva estarás siempre a mi lado para hablarme de *Ella*!

–Aquí están las llaves de su armario, señor Barón.

Gosta las tomó en silencio, abrió la puerta de la sala, que estaba en el centro de tres estancias demasiado modestas. Lo reducido de la casa y la sencillez de su menaje, ponían de manifiesto el orden y limpieza de costumbres de la muerta.

¡Oh, pobre Julia! ¡Jamás podría el barón reparar la afrenta que se le infirió creyéndola su antojadiza amante!

–¡Que nadie me interrumpa ni moleste, Malená! ni siquiera tú –dijo el caballero cerrando, detrás de sí, las puertas de la estancia.

Luego, puso la llave en el primer cajón del mueble. ¡Mas, apenas lo hubo abierto, y vio el cordón de perlas blancas y azules, tantas veces acariciadas por las manos queridas, y que *Ella* engarzara para su prometido, el dolor del cuitado tuvo un nuevo desbordamiento, y lloró, lloró angustiosamente!

CAPÍTULO II

LA VUELTA A HALLEBORG

El Barón Gosta vivía retirado en su hospedaje de la Langgasse, cerca del Palacio de Justicia donde, según usanza de la época, se había inscrito para pasar las “prácticas” de Abogacía: y confiaba, con la simplicidad de la juventud, que la muerte le libertaría de la servidumbre del dolor. ¡No hay esperanza más engañosa! ¡Pasean dos enamorados por deleitosos campos llenos de sol, y una suave brisa de primavera basta para traer el germen mortal a una vida florida y poderosa! ¡Otra, en cambio, puede prolongarse muchos años, trabajada de padecimientos y desventuras!... ¡y no cesa de vivir!

Hacía tiempo que Gosta renunciara a presentarse en el Palacio; pero nadie lo advirtió. El número de jóvenes licenciados era muy copioso, y pronto se le había olvidado; los más le creían establecido en su dominio de Smaland. Este era el recado que comunicar o advertimiento que habían recibido los sirvientes, que entonces hacían oficio de camareros, del hotel donde el señor Barón almorzaba.

Sólo la vieja Malená estaba enterada de que el barón permanecía en Stockolmo; y sólo ella llegaba hasta Gosta, que había despedido a su criada. Curaba Malená de los menesteres y servicio del joven, con toda la fidelidad de su alma, excusándose siempre de su poco primor de guisadora, y pidiéndole, en vano, que volviese al hotel e hiciese sus comidas con los antiguos amigos para no abismarse en melancolías y pesares.

Malená no había olvidado a su señora; su aflicción era también profunda, pero, al fin, no le impedía hacer sus tres comidas ordinarias, en tanto que el barón apenas gustaba los manjares servidos. Una vez, temiendo que su talento culinario no estuviese a la altura de su ministerio, hizo traer toda una riquísima comida del mejor restaurant. Ese día, el

señor Barón contentóse con una taza de té y un sándwich. ¡Era desesperarse aquello!

Suplicábasele al barón que volviese a Halleborg. Asuntos de grande importancia y urgencia lo reclamaban. El viejo intendente no recibiera sino escasas instrucciones durante la rápida aparición de Gosta hizo para el enterramiento de su padre; el anciano Pastor de Hallinge le pedía que fuese; los amigos de su padre, también. Nada lograban. El rostro del barón se contraía por amarga sonrisa leyendo estas cartas. ¡Oh, no sabían, no podían comprender su pobre ánima! ¡A qué hablar de porvenir, de órdenes relativas a las granjas, de edificaciones, de plantaciones, de labores, con un hombre que esperaba la visita de la muerte todos los días! ¡Su primo Emilio, a quien tocaba el mayorazgo después de él, ya se ocuparía de todos los asuntos de sus tierras!

... Transcurrieron dos meses, tres... Gosta llegó a odiarse al contemplar su rostro; ¡estaba tan lozano, tan juvenil! color de salud alegraba sus mejillas, y sus negros ojos tenían el mismo fuego que antes de su desventura; no podían apagarlo las lágrimas que abundantemente le brotaban en sus visitas diarias al cementerio...

Una cruz blanca con este breve epitafio: "Julia", se alzaba sobre una eminencia de flores...

Mayo, vino.

Una mañana, Gosta quedó sorprendido de haberse despertado a las nueve y de confesarse que había dormido profundamente toda la noche. ¿Cómo había podido olvidar los sufrimientos? Comía, reposaba, respiraba las fragancias de la primavera, gozaba de la hermosa tibieza del sol, ¿y *Ella*? *Ella* descansaba bajo la tierra húmeda y negra. Pues bien, si la naturaleza le rehusaba la santa gracia de unirse con la muerta, ¿por qué no concederse, no realizar él mismo lo que consideraba como un deber?

—¡Sí, Julia; iré a ti!

Y pronunciando estas palabras siniestras, fijaba su mirada en las pistolas colgadas encima del sofá.

Pero luego, la flaqueza de este designio de locura se le aparecía con toda su fealdad. Esas armas las empuñaron sus antepasados para defensa de su vida y de su patria, y no para el suicidio. Con esas pistolas, un joven abanderado de la extirpe de Hallenhjelm había salvado a su coronel, en la batalla de Nordlingen. Con estas pistolas y su fuerte espada, otro Hallenhjelm, un Gosta como él, se abrió pase entre una banda de feroces Croatas; ¿y había de servirse él de tan gloriosas armas para huir bajamente de la vida y de la lucha que la Providencia le deparaba?

¡Oh, no! ¡no era posible! ¡jamás desertaría!

Y de nuevo abismóse en el dolor y embriagóse de recuerdos, acariciando los muebles, las ropas y todas las prendas que le quedaban de *Ella*; y aumentó sus visitas al cementerio para que el pesar le acabase. Otro, de menos fortaleza, hubiese sucumbido, siquiera moralmente; pero, Gosta era de firmísimo espíritu y nervios poderosos. El sol, el aire templado y aromoso y la saludable eficacia del tiempo, hicieron lentamente su obra; y el cuitado sanó.

... Hasta el alba de una noche estival, pasó despidiéndose de la blanca cruz del cementerio. ¡De la que bajo reposaba, de *Ella*, no se despedía; se llevaba hincada su memoria dulce y dolorosa!

Y al siguiente día, partió con Malená a bordo de un navío.

Una semana después llegaban a Halleborg.

Los primeros días fueron enfadosos, violentos. Pronto desembarazóse de su intendente Svensson, ordenándole que todo lo dirigiese como antes, que suspendiera los proyectos de construcciones y plantaciones y que las cuentas solo se las rindiese en lo postrero del mes. Tras algunas desgraciadas tentativas para consultar a su joven señor, Svensson tuvo que resignarse. Y Gosta quedó libre. Pero, no podía proceder de la misma guisa con los vecinos.

Bien que su padre, que enviudó tempranamente y cuyo hijo único residía lejos, se apartase del mundo y de amista-

des. Avezadas se hallaban éstas a excluir Halleborg del grupo de castillos que ofrecían largo y deleitoso acogimiento a los castellanos de la cercanía. Pero, después del regreso del joven Barón, creíase que éste comprendería mejor sus deberes y que su palacio llegaría a ser reunión y cifra de pasatiempos y regocijos de los ociosos hacendados de la comarca.

Gosta recibió numerosas invitaciones que no aceptaba; pero no pudo cerrar las puertas a sus amigos de la infancia –algunos de los cuales tenían hermanas doncellas– ni negarse a devolver su atención. Para retardarla, el joven castellano fingía ausencias o mostrábase tan seco, que muy pronto lo declararon “imposible” y dejáronle en paz, como quería.

Gosta sintió la falta de un calor, de un cariño; y resolvió expansionarse, confiar su pesar al viejo pastor Hjelm. Necesitaba un amigo piadoso con quien hablar de Julia; y su alma sincera se rebelaba a que Hjelm, que le conocía desde su niñez, pudiese atribuir su negro entristecimiento a la pérdida de su padre, como lo juzgaban todos los de su dominio.

Pasó un año, y otro; y en nada se modificó la manera de vivir y de pensar del señor de Halleborg.

La vieja Malená se iba apagando poco a poco; sentía que no le quedaba ya misión que cumplir; y los criados de Halleborg se comportaban con ella de modo que no le hacían apetecer que su ancianidad se prolongase. Cuando Malená pasaba a las habitaciones del Barón, los demás creían bellacamente que murmuraba de ellos. El ama de llaves tenía el propósito de dejar el servicio del señor Barón, porque una tarde, encontrándose en el aposento contiguo, les había oído hablar mucho tiempo, de la “señora” y este título, esta palabra, según el ama, sólo podía referirse a ella: ¡la señora Stina Lindberg! ¡Cómo había de barruntar que esta palabra despertaba en Malená y en su señor tan dulces y tiernas memorias!